

Las que no se quedan atrás

El miedo llegó al pueblo de Elina como una grieta en la pared: al principio pequeña, casi invisible, luego creciendo hasta partirlo todo. Primero fue un rumor, después una vecina que desapareció, luego los disparos en la noche.

Su madre la despertó antes del amanecer.

—Nos vamos ya.

Salieron de San Pedro Sula con lo que llevaban puesto, evitando las calles donde los pandilleros marcaban las casas con pintura roja. La ciudad se vaciaba cada día más, y cada noche el miedo crecía. Caminaron hasta que la carretera se convirtió en polvo. A su alrededor, otras mujeres llevaban a sus hijos dormidos; los hombres caminaban con la cabeza agachada, como si hubieran visto demasiado. En un campamento improvisado, Elina conoció a Carmela, una mujer con un cuaderno viejo.

—Para que no nos olviden —le explicó.

El tiempo en el desierto pasaba lento, marcado por los pasos cansados. Algunos se quedaban atrás, pero no se hablaba de ellos. Una mañana, Carmela ya no estaba. Nadie dijo nada.

Después de semanas, llegaron a la frontera. Había soldados decidiendo quién podía pasar y quién no. Elina apretó la mano de su madre cuando las separaron.

—Es solo un momento —prometió.

Pero la fila avanzó, la gente empujaba, y su madre desapareció como si fuera un hilo que se soltó de un tejido roto. Elina gritó su nombre hasta que ya no pudo más.

En el suelo, vio el cuaderno de Carmela. Lo levantó y, con las manos temblorosas, escribió:

"Me llamo Elina. Busco a mi madre. No dejen que mi historia se pierda."

Luego cerró el cuaderno y siguió adelante. Porque en el camino, solo seguían las que no se quedaban atrás.